AÑO II — Madrid 16 de Febrero de 1905 — Número 8.

Tierra y Libertad.

Número suelto: 5 céntimos. | Redacción y Administración: Alonso Cano, 38, 2.° | Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta.

COSAS DE RUSIA

Cuando estalló la guerra entre Rusia y el Japón fuimos pocos, muy pocos anarquistas en Francia los que, atreviéndonos á formular un pensamiento, contrario, *en apariencia*, á nuestras ideas, no nos contentamos con imprecaciones usuales contre la guerra, sino que nos alegramos profetizando la derrota del imperio del zar.

Parecía tan grande la desproporción entre los dos adversarios, que, casi todos creían en la victoria de Rusia, ignorando la incapacidad de sus jefes militares, nombrados por favoritismo, la corrupción administrativa y el ciego automatismo de los soldados que tenían que encontrar adversarios hábiles, instruídos y enérgicos, y llenos de confianza en sí mismos con motivo de sus recientes victorias contra China.

Recordamos también algunos que la superioridad numérica de población no basta siempre para asegurar la victoria. Lo prueba la lucha de Grecia contra Persia, en la época de las guerras médicas, la resistencia de las repúblicas boers contra Inglaterra, y, en fin, el Japón mismo contra China en 1894. Y, lo repito, somos fervientes partidarios de esa guerra que lleva, con la derrota de la Rusia zarista, el despertar de la Rusia popular y el estallido de la Revolución. Porque esa revolución, á pesar de los esfuerzos heroicos de los nihilistas, no lograba realizarse derribando el más monstruoso y pesado edificio de opresión que se pueda imaginar.

La revolución en Rusia puede determinarse por la situación del pajarito que, no teniendo fuerza suficiente para romper con su pico el huevo donde está encerrado, perecería ahogado si un choque exterior no viniese, rompiendo la concha, á libertarlo. El choque exterior ha sido la guerra con el Japón.

Merced á esa guerra desastrosa, el prestigio moral y la fuerza material del zarismo recibieron un quebrantamiento terrible; la miseria y el descontento popular concluyeron por engendrar la revuelta. Y ahora, la revolución empezada seguirá su curso. Se necesitaría tener muy poco criterio para figurarse que esa revolución se ha matado definitivamente por no haberse podido realizar en veinticuatro horas. En este lapso de tiempo se pueden derribar un ministerio ó un jefe de Estado, hacer una revolución política, pero no una revolución social.

Las verdaderas revoluciones, es decir, las que procediendo de abajo sacuden hondamente la sociedad, exigen años para desarrollarse. Se necesitaron cuatro años desde el momento en que empezó la revolución francesa al grito de «¡Viva nuestro buen rey Luis XVI, padre del pueblo!», hasta el momento en que decapitaron juntos al mismo Luis XVI y la monarquía. Y después la revolución continuó durante varios años.

La revolución empezada ahora en Rusia y que verosímilmente puede durar años, presenta muchas analogías con la revolución francesa, ó, más exactamente, situaciones no idénticas, sino paralelas. No hay identidad absoluta porque son otros los tiempos, el ambiente y la cifra de población; hay paralelismo, porque los movimientos históricos obedecen á leyes naturales, lo mismo que los fenómenos físicos y químicos.

Así, el reinado de Nicolás II retrata á la vez los reinados de Luis XV (guerra desastrosa de los siete años é influencia de los incapaces favoritos) y el de Luis XVI (principio de la revolución). El movimiento de los Zemstvos retrata la lucha de los Estados Generales contra el absolutismo real. De Wite, el ministro seudo reformador retrata á Necker, el burgués liberal, aclamado primeramente como salvador y desbordado muy pronto por los acontecimientos. En fin, la matanza del puente Troiski en San Petersburgo, evoca la del Champ de Mars en París.

Es preciso recordar que después de la matanza del Cham de Mars (hubo otras muchas matanzas perpetradas por los realistas, principalmente la de Nancy), los revolucionarios perdieron el terreno por algún tiempo y algunos luchadores, como Marat, tuvieron que esconderse. Pero, á pesar de todo, la revolución, *indescapitable*, porque era general y anónima, había roto ya sus diques y no era posible hacerla retornar hacia su fuente. Hoy todo hace esperar que sucederá lo mismo con la revolución rusa. Esta revolución no está limitada á San Petersburgo. Desbórdase en Polonia, en Finlandia, en Lituania, en Crimea, en el Cáucaso, es decir, en todos los confines industriales de Rusia. También, merced á los infelices deportados que, por tantas generaciones, padecieron en el infierno de nieve, existen ahora localidades en Siberia, en donde resurgen las ideas.

Si todo el movimiento social revolucionario de Rusia se hubiera limitado á la agitación de los obreros de la capital, por mucho valor que pudiese tener, seguramente no bastaría para justificar nuestras esperanzas. Hubiera sido posible decapitar la revolución centralizada, pero ahora esa revolución, como una ola gigantesca, avanza entre regiones inmensas, amenazando sepultarlo todo.

Lo que no veían los *pacifistas* (los unos, burgueses, porque no querían verlo, y los otros, engañados por el sentimentalismo) es que merced á las derrotas en la guerra de la Manchuria, se ha quebrantado la autocracia y fortificado la libertad del pueblo ruso, porque siendo autocracia y libertad dos términos antagónicos, todo lo que debilita á la una fortalece á la otra.

Por estas razones, dejamos de participar algunos de la opinión de los cristianos demócratas burgueses y *pacifistas* que desean una paz, *necesaria al zarismo*, para reconstituir sus fuerzas cada día más quebrantadas.

Lejos, muy lejos de desear actualmente la paz, deseamos nuevas derrotas del zarismo; deseamos el aniquilamiento total de sus ejércitos y de sus escuadras.

Podrá considerársenos como crueles, puesto que esos ejércitos y esas escuadras están formados con criaturas humanas, pero siendo esas criaturas las que azotan á hombres y mujeres, y las que fusilan á obreros, campesinos y estudiantes, y, en una palabra, las que constituyen la fuerza más formidable del zarismo, un verdadero revolucionario no puede tener ninguna piedad para ellas. ¡Ninguna! Nuestra piedad es para las víctimas, para los fusilados, no para los asesinos.

¡Perezcan los soldados del zar para que pueda triunfar la revolución libertadora!

C. MALATO

IMPORTANTE

La redacción y administración de este periódico se ha trasladado á la *Ronda de Segovia*, núm. 35, bajo, á donde se dirigirá en lo sucesivo la correspondencia, á nombre de nuestro compañero Francisco G. Sola. Anúlese, por lo tanto, la antigua dirección. Para facilitar la gestión administrativa, evitando endosos inútiles ó equivocaciones por algunos en el nombre de nuestro compañero, rogamos se expidan las libranzas de giro ó de prensa, á nombre del «administrador de *Tierra y Libertad*».

EL GRUPO «4 DE MAYO»

La verdadera doctrina.

Dios.

He explorado por todas partes el cielo y no he hallado una huella de Dios.—*Lalande.*

La autoridad.

El principio de autoridad ha aparecido en la sociedad por la debilidad de la multitud. Es una falta de voluntad del mayor número que se entrega á los más fuertes.—*X.*

La propiedad.

El primer hombre que acotando un campo dijo: «Esto es mío», fundó la propiedad. *Pascal.*

La guerra.

La guerra es la muerte; la guerra es el robo.

Es el asesinato y el robo enseñados y mandados á los pueblos por sus jefes.

Es el asesinato y el robo aclamados, blasonados, dignificados y coronados.

Es el asesinato y el robo sin el castigo y la deshonra, sino con la impunidad y la glorificación.

El asesinato y el robo sustraídos al patíbulo y servidos por el arco de triunfo.—*E. de Girardín.*

A los anarquistas españoles.

En vista del cariz que van tomando las cosas, se me ocurre reproducir un artículo del inolvidable compañero E. Alvarez, publicado en *Bandera Roja*, hace diez y siete años, en el primer número, que salió el viernes 15 de Junio de 1888, y que dice como sigue:

«¡A Ledesma!

Si preguntan ustedes á algunos que van con dos horas de anticipación á la salida de un tren el por qué de tanta premura, le contestarán:

—El tren no aguarda á nadie; y vale más que esperemos, que no quedemos á pie.

Esto lo sabe casi todo bicho viviente; y decimos casi, porque desgraciadamente hay en este mundo gente tan preocupada ú obcecada con su modo de ser y su manera de pensar, que no existen razones, por claras que estén, por precisas é indiscutibles que sean, que puedan convencer la le su monomanía, suicida en la mayor parte de los casos.

El detalle, lo baladí, lo trivial, cualquier cosa, en fin, de orden secundario ó de posterior realización, le hace alejarse de lo mismo que anhelan conseguir, de aquello á que dicen rendir culto.

Y no es lo peor que existan estos monomaníacos, sino que, como si tal monomanía fuese una enfermedad contagiosa, comienza por uno y no tarda en formar escuela, doctrina ó grupo que, sin darse cuenta de ello, presta juego y ayude con todas sus fuerzas á separar lo que debiera estar junto; á que crezcan abrojos en campo de amapolas.

Y vaya usted á convencer á tales ó cuales del error en que están; emplee usted reflexiones serias y juiciosas en demostrarles aritméticamente que dos y dos son cuatro.

Se habrá usted devanado los sesos, agotado los recursos de la convicción, para sacar á la postre lo que diz que sacó el negro de marras.

Ellos son así, y hay que dejarlos, aunque les suceda lo que aconteció á los dos personajes que vamos á referir.

***

Era un día de estos de Junio en que el calor aprieta, y, semejante á un burgués, nos hace sudar la gota gorda.

Serían las diez de la mañana cuando caminaban hacia la estación dos enfermos apoyados uno en otro, sin duda con ánimo de tomar el tren que iba á los baños de Ledesma.

Aquellos dos desvalidos seres, que el uno sin el otro no eran nada, puesto que estaban afectos respectivamente de parálisis de las extremidades inferiores y de las superiores, llegaban á duras penas á la estación.

Por su porte, conocíase á la legua que pertenecían á la misma clase social, lo cual hacía doblemente necesaria la mutua ayuda que debían prestarse en la excursión que iban á emprender.

Ambos se miraron sorprendidos, diciendo uno, el que parecía más juicioso:

—¿Sabes que hubiera estado gracioso que después de tantos sacrificios como hemos hecho para recolectar el dinero y llegar hasta aquí, nos hubiéramos quedado á pie?

—Sí—replicó el otro.

—Pues mira—añadió el primero—; nadie más que tú tendría la culpa, por haber desoído mis consejos y empeñádote en seguir el camino más largo.

—¿No te acuerdas que te advertí que íbamos á llegar tarde? – Pues ya lo has visto; por pocos segundos se nos va el tren, y entonces...

—No sigas, puesto que hemos llegado á tiempo.

—¡Quién sabe! – murmuró el segundo.

Ya adquiridos los billetes, apoyáronse uno en otro y tomaron el camino del andén. A este tiempo sonó por segunda vez la campana.

La distancia que tenían que salvar era pequeña.

Veíanse los coches llenos. Los viajeros se despedían de los que no viajaban. La máquina abrió las válvulas y brotó inmensa espiral de humo, innegable muestra del progreso y de la civilización.

—Vaya, por fin llegamos—dijo el que hablara primero—. Unas cuantas horas de tren y mañana á descansar en casa del tío Alejo.

—Eso no es posible—replicó el otro—. Yo no voy en casa del tío Alejo; pues aunque no conozco el sitio, me parece que no ha de ser el mejor.

—Yo tampoco conozco el sitio; pero mis noticias no están de acuerdo con las tuyas; por lo tanto, es allí donde debemos ir, salvo que tú sepas algún otro sitio bueno.

—Pues si te parece cambiaremos de casa; iremos á la de Rita, cuñada de mi mujer.

—¡Hombre! tú estás endiablado. Ese lugar, según tengo oído, es el peor de la población y tal vez esté lejos del balneario.

—Pues no te empeñes con Alejo á quien no conoces; iremos á casa de Rita.

—A mí sería capaz de quedarme aquí.

—Único medio de que no fuéramos á ninguna parte. Pero dejémonos de una vez de Alejo y Rita y vamos andando, porque veo vamos á quedarnos á pie.

—Bueno, pero á condición que vayamos á casa de Rita.

Hombre, no seas testarudo; puesto que ninguno de los dos conocemos el terreno, ¿no te parece que lo mejor es que cuando lleguemos allí elijamos lo más conveniente?

—Yo tengo formada mi resolución y no hay quien me apee.

—Sé una vez cuerdo; ¿qué es lo primero, llegar á Ledesma ó discutir si ha de ser éste ó aquélla el posadero?

—Llegar á Ledesma.

—¿Y podremos llegar á Ledesma si nos entretenemos á divagar frente al tren próximo á partir?

—No.

—Pues vamos, que el tiempo apremia y ya han dado la voz de ¡al tren! y los mozos cierran las portezuelas.

—Vamos.

Habían andado dos pasos, cuando de pronto se paró el que á todo trance quería ir á casa de Rita, y preguntó:

—¿En qué casa de baños vamos á tomar las aguas? ¿A qué hora y dónde iremos por la tarde?

—¡Ahora salimos con esas! ¿No hemos quedado en que lo primero es ir á Ledesma y luego, sobre el terreno, resolver lo que sea mejor para los dos?

—Sí; pero es que yo tengo mis preferencias y quisiera llevar resuelto...

—Pues yo no tengo más preferencia que subir al tren, conque adelante.

—Pero...

—¡Vámos, vamos!

—Antes, oye.

—¡No, que se va!—exclamó lleno de angustia.

En efecto; la máquina se había puesto en movimiento y el tren se alejaba rápidamente.

Miráronse los dos con iracunda saña algunos segundos, y dijeron los dos á la par:

—Sin embargo, la fatalidad, al hemos de volver á casa, nos obliga á ir juntos. ¡Qué lástima que no nos hayamos entendido!

¡Trabajadores, aprendamos alguna vez!

Mientras los listados de la explotación gastemos nuestras fuerzas en discusiones, que nos debiliten y hagan perder tiempo, no llegaremos á Ledesma.

Si aleccionados por la experiencia tratamos de enmendar errores pasados, aún queda otro tren.

Aprovechémosle.

E. Alvarez.

¡Qué quiere decir esto? Que hace diez y siete años ya se discutía en nuestro campo, y de seguir así no llegaremos nunca á «Ledesma» que es la Anarquía; urge, pues, tomar el tren de la revolución y no gastar el tiempo en discusiones.

Fíjense bien; esto no admite demora. O pronto, muy pronto se procede al radical saneamiento, ó corremos el riesgo de sucumbir de la manera más sucia y repugnante que han perecido razas y pueblos en la historia.

Soterrados por montañas de estiércol, envueltos en mortaja de nauseabundo lodo; ante las estrepitosas carcajadas de nuestros enemigos.

S. PALACIO.

(Asturias.)

Hemos recibido los dos libros publicados últimamente por la Escuela Moderna, de Barcelona, que llevan por título Nociones de Geografía física, *por Odón de Buen, y* Leon Martin, *por Carlos Malato. Con decir que se trata de dos notables obras, de educación racional y científica la primera, y de hermosa propaganda la segunda, está dicho todo. Se pueden adquirir al precio de 2 pesetas ejemplar y con especial descuento desde 10 ejemplares en adelante, en Barcelona, calle de Bailén, 56, 1.°*

Nicolás II y los anarquistas.

Vivir la vida de los héroes modernos, arrancar gritos de admiración y aclamaciones de entusiasmo al dolorido pueblo que vegeta en el simbolismo medioeval, arrastrándose como un reptil inmenso, abigarrado, monstruoso y deforme, á los pies del santuario esplendoroso donde el tirano se exhibe soberbio, deslumbrador y dominante, es el bello ideal de los malvados.

Damas y caballeros currutacos engalanados con los esplendores de la corte, girando al compás de sonoros instrumentos tañidos por esclavos en salones de profusas luminarias, y ostentosos decorados donde el obrero puso manos hábiles para esculpir emblemas que patentizan su cobardía, su ignorancia supina, su tradicional y hereditaria mansedumbre, es la aspiración de los mortales que explotan su origen de alta alcurnia, de los eunucos que pensaron aclarar los misterios de la suprema ciencia modernista y castraron su inteligencia en la niñez con melopeas monacales que embrollaron su cacumen é hicieron ruda y dilatada brecha en su cerebro para dar paso gimnástico á las ideas naturales de dignidad, y propios derechos concedidos por la ley única é inmutable al ser humano.

«Nicolás II no conoce á los rusos», han dicho algunos escritores, extrañados de sus sangrientas intemperancias. «Nicolás II no conoce á los hombres», decimos los anarquistas, amparados en la razón que numéricamente nos demuestran las carnicerías ordenadas por los asesinos pontificales del gran imperio.

Ahora nos falta saber si los rusos y los hombres conocemos á Nicolás II.

Rodeado de esa corte moscovita, adulado en su desmedida soberbia y soberana estupidez por sus lacayos imperiales y las rameras de la grandeza, ha creído siempre, cree, con la firmeza del poder que se abroga Nicolás II, que la gran Moscovia fué la cuna concedida al zar por el dios de los imperios, y que los seres vivientes que la pueblan son aristas transportados por el huracán de sus pasiones á formar el mullido lecho donde los caballos, los trineos y los perros del imperio, se reclinan muellemente.

Y allí, con el cetro en la diestra, cubierto con los emblemas que hacen resplandecer el solio de sus manes esclarecidos ante la pléyade estulta que se arrodilla compungida y temblorosa pidiéndole mercedes á cambio de grotescas contorciones y meticulosas alabanzas, intenta aún imponerse, dictar leyes, segar vidas, confiscar haciendas y dominar á un pueblo desbordado, hambriento, avaro de represalias y consciente del derecho mancillado por sus esbirros y manchillado por la estirpe de asesinos con mitra, manto forrado de armiño é imperial corona.

No es ese tu pueblo, Nicolás II; no son esas muchedumbres modernas las gavillas de esclavos que enviaban tus abuelos á Siberia, sumisos como los corderos de Westfalia que devoran tus cortesanos, Cabyboces como los perros que enganchas á tus trineos.

Son obreros, soberbio y sanguinario Nicolás; obreros que han derramado su sangre: primero, en los talleres para forjar las cadenas con que sus verdugos le oprimen, las horcas con que le agarrotan, después de haber fundido el oro donde apoyas tu trono; luego, en las calles de San Petersburgo, Moscou, Varsovia y la Manchuria, para romper las ligaduras con que oprimías su garganta.

No lograrás, Nicolás, no intentes el último esfuerzo para recomponer tu quebrantado poder, tu corona, de que ha sido hecha jirones al primer disparo de los cosacos en el parque de Alejandro; era preciso un pedazo de metal brillante para adornar, en su lecho mortuorio, veintiséis cabezas infantiles inmoladas por tus hordas de asesinos; no te forjes ilusiones; la sangre de esos niños enrojece el manto de tu imperio; veintiséis alaridos de dolor supremo lanzan, desde el santuario del hogar, veintiséis madres que angustiadas te maldicen; el pueblo ruso te rechaza, y Europa entera te desprecia.

A. SAAVEDRA

Un paso de mi vida.

Había hablado con una mujer, sierva del muerto del Gólgota. Le hablara de Dios y del Evangelio, de mis aspiraciones humanas, de la belleza de mi pensamiento y de la esperanza que lo sustentaba.

—¡*Ah, loco bueno!*—fueron sus palabras.

Varios días después la he vuelto á hablar nuevamente, y con su voz dulce me dijo:

—He pedido al Señor por el triunfo de su hermoso pensamiento...

Desde entonces, si dejara de ser loco, no había dejado, en cambio, de ser bueno.

PEDRO NOVOAKOV.

Para ser feliz.

¡Para ser feliz! Hay quien creerá que para ello es necesario poseer mucho dinero, muchos bienes, muchas rentas, un gran palacio con su correspondiente ejército de sirvientes (ó mejor dicho esclavos); sus coches con buenos caballos ó automóviles; representar puestos de mucho bombo ó sentarse en los escaños del Congreso; todo eso es lo que los inconscientes creen una dicha y estas son las aspiraciones de los enclenques hijos de la burguesía disfrazados de máscaras á la veneciana. Hacerse populares en revistas y periódicos; ser admirados por la *plebe*; repartirse entre sus paniaguados y secuaces, del modo que mejor puedan, el presupuesto, esto es lo que germina hasta en los que se llaman hombres de ciencia, para los cuales están destinadas las Universidades; esto es todo lo que ansían, y, por tanto, sin ello no se creerían felices. ¡Qué error!, ¡qué miseria!, ¡qué pequeños son los seres que, forjándose ilusiones como las enumeradas, no piensan sino en dinero, dinero, lustre exterior, condecoraciones, títulos, medallas y cruces!

¡Desgraciados cerebros de alfrecho, egoístas degenerados, figuritas de cera que con todo vuestro trabajo, títulos, carrera, nombre y bombo no compensaríais el gasto derrochado en cosmético y betún!

Para ser feliz, es preciso amar; amar inmensamente al hombre, á la mujer; ver en cada ser de la especie humana un hijo, un padre, un hermano, un semejante, una planta cuya subsistencia y frutos son como los nuestros; cuyos órganos se alimentan de la savia que brota del suelo en que habita, á la cual, por lo tanto es acreedora.

Pero esto os parece imposible á vosotros, que sois cerebros mal educados, inteligencias mal dirigidas, interruptores del estado social, miopes de conveniencia; á vuestra vista todo es bello, vuestro único deseo y aspiraciones es el digerir con facilidad.

¿Cómo no se os ocurre pensar en vuestros semejantes, en aquellos que, sin que os apercibáis siquiera, con mil privaciones y desvelos han bajado á las profundidades de la mina, perforado las montañas, canalizado los ríos, construído vastos é higiénicos edificios donde habéis podido adquirir la instrucción que poseéis?

Esos hombres han extraído de la tierra metales preciosos; agradables y nutritivas substancias á las cuales debéis vuestra vida, los libros á que debéis vuestra educación, vuestros magníficos coches y automóviles. ¡Cuántas víctimas habrá causado antes de llegar á vuestras manos la combinación de tan preciosos metales y hasta los hábitos que cubren vuestro cuerpo!

¡Qué hacéis vosotros, en cambio, de ese bienestar que disfrutáis? ¡Nada! Nada hacéis en recompensa de los sufrimientos de esos seres que pasan la vida arrastrados por todos los ámbitos de la tierra, en encarnizada lucha con la anemia, trabajando como bestias, agotando sus fuerzas, como en tiempo de los romanos, al servicio de sus dueños.

¿Para qué sirven vuestras Universidades? ¿A qué punto dirigís vuestras observaciones? ¿Qué investigáis? ¿Qué hacéis por mejorar la vida de vuestros semejantes?

No tenéis corazón; vuestros instintos no son racionales; vuestro amor, vuestro prójimo, vuestras investigaciones, es sólo repartiros en el festín los millones del presupuesto formando para ello un gobierno de inquilinos.

¡Pues bien! Creemos basta venir siglos transcurridos desde el principio de la Era llamada Cristiana, para poder apreciar vuestra labor en pro del estado social. Siglos y siglos! Acaba ser de descomponer vuestro progreso, nuestra infancia y nuestro crimen con la sociedad; nada podemos esperar de un régimen tan inicuo, una organización tan anticuada, por lo tanto, como un árbol no produce [illegible] pues nuestra labor [illegible] quebrantando [illegible] plantas, y por tanto, [illegible] ciencia, [illegible] la libertad. [illegible] ciencia [illegible] todo [illegible] paso [illegible] vuestras [illegible] vida de vuestros semejantes?

No tenéis corazón; vuestros instintos no son racionales; vuestro amor, vuestro prójimo, vuestras investigaciones, es sólo repartiros en el festín los millones del presupuesto formando para ello un gobierno de inquilinos.

¡Pues bien! Creemos basta venir siglos transcurridos desde el principio de la Era llamada Cristiana, para poder apreciar vuestra labor en pro del estado social. Siglos y siglos! Acaba ser de descomponer vuestro progreso, nuestra infancia y nuestro crimen con la sociedad; nada podemos esperar de un régimen tan inicuo, una organización tan anticuada, por lo tanto, como un árbol no produce [illegible] pues nuestra labor [illegible] quebrantando [illegible] plantas, y por tanto, [illegible] ciencia, [illegible] la libertad. [illegible] ciencia [illegible] todo [illegible] paso [illegible] vuestras [illegible]